

# CANCIONES DE LA TARDE

Así se titula el libro de versos de Fabio Fiallo que acaba de llegar a nuestras manos. Nos lo remite desde Santiago de Cuba, el ilustre dominicano Dr. Federico Henríquez y Carvajal. «Por el autor injustamente preso», nos dice en la dedicatoria.

El libro también finaliza con esto: «Este libro fué terminado en los talleres de la «Cuna de América» el día 11 de Agosto de 1920, estando su autor preso en «El Homenaje», de la ciudad de Santo Domingo».

De la fisonomía poética de Fabio Fiallo, habla Darío en términos precisos y justos. Darío fué, además, noble y grande amigo de Fiallo. Dice Darío:

EN mis artículos sobre letras de Hispano América, me he ocupado varias ocasiones en la producción dominicana. La isla preferida por Colón ha sido fecunda en talentos. Tiene brillo y vitalidad por su sol del cielo tropical y por su sol interior. Raro será encontrar un dominicano que no tenga el alma alta y la imaginación luminosa. Actualmente, desde el egregio Don Federico Henríquez y Carvajal, el amigo de Martí, que recibiera la última carta del Héroe, hasta los más recientes benjamines, la literatura dominicana está dignamente representada en el acervo castellano. La Argentina conoce al valiente y atildado Américo Lugo. Ya he hablado en *La Nación* de otros meritorios. Hoy me complazco en tratar de uno de los más exquisitos, finos y nobles espíritus que decoran la riqueza mental y moral del ramillete de islas de las Antillas: Fabio Fiallo.

Conocí el valor de Fabio Fiallo por una página casi poemática en que se refería a uno de sus libros uno de los primeros escritores de Hispano América, el admirable venezolano Díaz Rodríguez. Concluía aquella página sutil y delicada, que hubiera querido reproducir toda: «El poeta continúa bajando con la aurora, de lo alto de la colina que está en la parte de Oriente en la hostil región de los «ismos». Canta, y sus canciones breves parten hacia el éter sedientas de azur, como abejas de oro. Aun cuando hablan de dolor, cuelgan estalactitas de miel en las asperezas de la ruta. De las cancio-

nes, apenas oyen los «ismos» un rumor apagado que despierta en ellos, como un eco, blasfemias y envidias. Luego se oyen distintamente algunas palabras. Luego, versos y estrofas. Por último el Poeta llega y dice con suma sencillez: «Cantaba el Ruiseñor»; y la turba enmudece».

Fabio Fiallo, en efecto, ha sido de esos poetas. Nació con el divino don y jamás lo ha profanado. El «deus» para él no tiene que ver con escuelas ni cábalas seculares. Su escuela, su única escuela, es la de su amigo el ruiseñor, la de su amiga la alondra, sin que exista la parentela zorrillesca. En sus versos como en sus cuentos, es siempre un puro, un fino, un noble poeta. Su lírica es a cortos vuelos, a suspiros, a quejas, a caricias. En vano buscaréis virtuosismos, cosas funambulescas, habilidades de que han usado y abusado muchos de nuestros notorios y no notorios pianistas del verso. Ni en sus prosas ni en sus estrofas deja de ser sencillamente pulcro y sentimentalmente elegante. El sentimiento, he ahí su fuerza. Piensa a través de su corazón.

Personalmente es una figura interesante. Es un caballero, un hidalgo arcaico, que voluntariamente y por gracia de su temperamento, quiere ignorar las bajezas y miserias de la vida contemporánea. Su fondo de gentil hombre está intacto e impoluto, y su dignidad y bondad ingénitas dominan los más crespos y peligrosos caracteres. En cuanto al amor y la galantería, es un apasionado antiguo.

Cree firmemente en el patriotismo, en la amistad, en la generosidad. Ante el hecho de un mal hombre se asombra más que se irrita. Su intachable consecuencia es probada y conocida en política, en relaciones sociales, en simpatías intelectuales. No es el sereno y frío gentleman, antes bien el cordial y abierto y fraterno latino, o mejor, el criollo sensitivo y sincero, con mucho de la dignidad gentilicia, herencia de los abuelos españoles.

¿Y el poeta?

Vais a ver algo de él.

\*\*\*

Allá en la imperial New York... de hierro, junto a los edificios babélicos y las oficinas de negocios, por Broadway o por Wall Street, adonde le llevaron sus funciones diplomáticas, Fabio y yo, entre el horror de la ciudad comercial, hablábamos de arte, de belleza, de poesía, viendo aun poesía, belleza y arte aun en el trabajo y trá-fagos de aquellos cíclopes. Y luego en

mi cuarto del Astor, o en nuestras sobremesas del Delmónico o en el Restaurante Martín, oía yo recitar a mi amigo, a mi buen amigo, sus versos, de patria o de amor, de amor sobre todo, pues, «a pesar del tiempo terco» guarda un frescor de ilusiones y una sana virtud de emoción que es hoy raro encontrar aun en los más petulantes efebos que se atreven, con todo y sus prematuras fatigas y pesimismo, a madrigalizar. Y al oírle, yo pensaba no en nuestros maestros del simbolismo, en nuestros «mauvais maitres», Verlaine y demás, harto perseguidos por los nuevos; sino en los Becquer y los Heine de antaño, dolorosos y amargados cisnes muertos de pena amorosa:

Deslumbradora de hermosura y gracia  
en el atrio del templo apareció,  
y todos a su paso se inclinaron,  
menos yo.

Como enjambre de alegres mariposas  
volaron los elogios en redor:  
un homenaje le rindieron todos,  
menos yo.

Y tranquilo después, indiferente,  
a su morada cada cual volvió,  
e indiferentes viven y tranquilos  
ay, todos, menos yo!!

Canta al amor que llega: hace que la naturaleza misma se unifique con la hermosura de la mujer amada. Tiene ternuras y congojas inusadas, que parecen notas arrancadas al arpa que se veía en el ángulo obscuro del salón o a los laúdes inmemoriales. Así se adoraba antes: así ama todavía el lírico que conserva granos de los pretéritos incienso, de las pasadas mirras—ilas en forma de lágrimas!—y que los quema fervoroso siempre junto al altar del ídolo, del femenino eterno.

Y he ahí al melodioso pájaro de la noche y de la luna que da nombre al libro que acabo de leer <sup>(1)</sup> y que inspirara la prosa musical de Díaz Rodríguez. Fiallo canta un plenilunio, al recordar los versos de una dulce musa cubana, Dulce María Borrero:

«Fué un suave rozar de labios  
sobre sedosos cabellos».

Y dice el poeta:

Por la verde alameda, silenciosos,  
íbamos ella y yo;

la luna tras los montes ascendía,  
en la fronda cantaba el ruiseñor.  
Y la dije... no sé lo que la dijo  
mi temblorosa voz...

En el éter detúvose la luna,  
interrumpió su canto el ruiseñor,  
y la amada gentil, turbada y muda,  
al cielo interrogó.

¿Sabéis de esas preguntas misteriosas  
que una respuesta son?

Guarda ¡oh luna! el secreto de mi alma,  
cállalo, ruiseñor!

Ello tiene una rara reminiscencia germánica, un eco de *lied* que aun pa-

(1) *Cantaba el Ruiseñor*.